

Yolanda RUANO DE LA FUENTE: *La libertad como destino. El sujeto moderno en Max Weber*, Ed. Biblioteca Nueva, 2001. Margarita BOLADERAS y Neus CAMPILLO: *Filosofía Social*. Ed. Síntesis, 2001. María José GUERRA PALMERO: *Teoría feminista contemporánea. Una aproximación desde la ética*. Ed. Instituto de Investigaciones Feministas. Universidad Complutense de Madrid, 2001

Estos tres libros, publicados en el año 2001, tienen en común su proximidad a la teoría social. Las tres investigaciones apuestan inequívocamente por la recuperación de una cultura del sujeto en el marco de una modernidad crítica con las desigualdades sociales y con los ‘encantamientos’ ideológicos y, al mismo tiempo, autocrítica en sus radicales aspiraciones práctico-instrumentales. Mientras que en el primero de ellos se postula, siguiendo a Weber, un sujeto resistente frente al nuevo monoteísmo que significa la eficacia económica en un mundo capitalista, el segundo y el tercero argumentan sobre la plausibilidad y la necesidad de un sujeto colectivo feminista, al tiempo que critican las concepciones patriarcales sobre la noción de sujeto y su correlato político, la categoría de ciudadano de la modernidad. Tanto el texto de Campillo y Boladeras como el de Guerra reflexionan sobre las razones que impiden que las mujeres se conviertan en sujetos políticos.

*La libertad como destino. El sujeto moderno en Max Weber* consagra a Yolanda Ruano como una de las estudiosas actuales que con más rigor y hondura han analizado el pensamiento del sociólogo alemán. La autora se adentra por los sinuosos caminos de la modernidad en Weber hasta hallar a un sujeto trágicamente abandonado a sí mismo e irremediabilmente abocado a la libertad. Señala esta filósofa que el interés que preside la investigación weberiana es comprender el significado de la modernidad occidental desde el punto de vista de su específico racionalismo. La idea de fondo que guía el trabajo de Ruano es que en la reconstrucción weberiana de la modernidad se atisba un saber trágico: la historia del fracaso de la razón. Y es que, como ya había anticipado Rousseau un siglo antes, la historia de la razón es la historia de sus límites, e incluso de su fracaso, pues aunque se ha mostrado útil para procurar bienestar material, también se ha visto incapaz de hacernos moralmente mejores. De este modo, la racionalidad científica ha mostrado repetidamente su incapacidad para crear ideales e incluso para decidir entre ellos.

El sujeto de la modernidad, ese sujeto trágicamente destinado a la libertad, se edifica sobre el ‘desencantamiento’ del mundo forjado en los ideales cristianos y medievales y a manos de una razón técnico-instrumental con

pretensiones totalizadoras, es decir, con la aspiración tanto de descifrar el sentido de lo dado como de proponer recetas cognitivas y morales. La interpretación de Yolanda Ruano es que en esta escisión de la razón entre la dimensión cognitiva y la normativa, entre el conocimiento y lo político-moral y religioso, queda fundado y atrapado el sujeto moderno. Sin embargo, esta escisión de la razón no constituye una miseria de la razón sino, por el contrario, su liberación, es decir, una nueva vuelta de tuerca de la ilustración, pues la crisis de la razón carismática posibilita ahora en el radical politeísmo la autorregulación plena del individuo abandonado a sí mismo. Así queda fundado un sujeto, “que apostando por preservar el privilegio de haberse constituido en la modernidad como única instancia dadora de sentido y creadora de libertad, por tanto, arrostra la tarea agónica de mantenerse asimismo fragmentado, de permanecer en la lucha interna sin fin que la creación libre de sentido entraña”. El resultado de todo este proceso intelectual y moral es que el individuo moderno se ve apesado en el paso de las sociedades monoteístas cristianas a las actuales sociedades presididas por el politeísmo valorativo. De ahí que Weber argumente que del desencantamiento del mundo nos deslizamos a un singular reencantamiento de la existencia.

El sujeto moderno weberiano tiene que adueñarse de sus propios conflictos, tomar conciencia del politeísmo valorativo y entregarse al seguimiento incondicionado de dios elegido, en palabras de la autora. El único proyecto de salvación posible es el individual y se asienta sobre el carácter trágico de la acción humana en el mundo, en una urdimbre trágica de elección y renuncia, sin ningún tipo de teleología oculta, y con la conciencia de que “el obrar valioso en este mundo puede quedar sometido a una lógica perversa que muta en malos resultados las buenas intenciones”. Como señala Yolanda Ruano, el proyecto de ‘salvación’ individualista weberiano pone su empeño en la defensa de una subjetividad resistente, creadora de valores y autorreguladora, pues sólo quién se aferra a un ideal puede por sí mismo salvarse.

Para concluir, hay que decir que el libro de Yolanda Ruano tiene el don de la oportunidad en tiempos difíciles en los que se está erosionando la idea de sujeto, de individuo y de ciudadanía. Bajo una escritura densa pero transparente, podemos atisbar una honda identificación de la autora con el diagnóstico de Weber acerca del destino trágico del sujeto moderno, es decir, de los hombres y mujeres que se enfrentan al mundo sin más normas y valores que los que ellos se han dado a sí mismos.

El primer rasgo que salta a la vista del libro de Boladeras y Campillo, *Filosofía social*, es su carácter crítico. Este excelente libro sobre el pensamiento social moderno analiza con rigor los viejos debates de la sociológica

clásica e incorpora las más recientes discusiones de la teoría social contemporánea. Pero no es éste un trabajo en el que se exponen de manera ‘neutra’ los grandes problemas de las sociedades modernas y contemporáneas, sino que desarrolla un punto de vista crítico y una preocupación ética que se traduce en la búsqueda de soluciones prácticas a esos grandes problemas planteados en la investigación.

Por eso hay que celebrar que un libro de Filosofía social incluya un capítulo íntegramente dedicado a “La diferencia de los sexos y el problema de la igualdad”. No otra cosa hacen las autoras en lo que constituye el capítulo 6º de su libro, partiendo de que el problema de las relaciones entre hombres y mujeres ha sido una preocupación constante de la filosofía social, preocupación que no se ha hecho patente hasta que los modernos movimientos sociales feministas y las posteriores aportaciones teóricas del feminismo, lo han ido introduciendo en los campos de la investigación social.

Este capítulo propone y desarrolla el análisis de aquellos conceptos y temas que vinculan la teoría feminista a la teoría social, por cuanto el tratamiento de la desigualdad entre hombres y mujeres entra necesariamente en intersección conceptual con otras disciplinas, que –como la antropología social, la psicología, la ética y la filosofía- han constituido y constituyen el campo de la investigación social por excelencia. En esta línea, el capítulo comienza por una aclaración terminológica importante: definir de qué hablamos cuando hablamos de un sistema de desigualdad entre los sexos, aclaración ésta de particular relevancia, puesto que, contra toda suposición, no cabe dar por conocida ni mucho menos por aceptada, tal cosa desde la perspectiva, pretérita o presente, de toda filosofía social.

Aclarar este extremo lleva a las autoras a una aproximación histórica al problema. Pero nos parece relevante resaltar que no se trata aquí de hacer un repaso sin más de los episodios históricos de la polémica entre el rechazo y la defensa de la igualdad entre los sexos. Partiendo de esta disputa, este acercamiento histórico quiere destacar cómo diversos discursos sociales –Rousseau, Simmel o Parsons- han ido transmitiendo los estereotipos sociales que han perpetuado el dominio y la desvalorización de lo femenino. Y este tipo de filosofía social convivirá con un discurso de la igualdad que, enlazando con la filosofía social y la ética, vendrá a eclosionar en los años setenta del siglo XX, en forma de los llamados estudios de género, que impactaron en los ámbitos de las ciencias dedicadas a la investigación social, en particular en los de la órbita anglosajona.

A partir de este planteamiento más histórico, el texto aborda una aproximación cabría decir que más temática, para situar y diferenciar conceptos

que, como los de género, sexo o patriarcado, constituyen hoy el bagaje teórico con el que se mueve la investigación crítico-feminista más actual. El tratamiento del género en la teoría feminista actual y su diversidad de posiciones –entre las que se abordan de manera muy clarificadora las de Gayle Rubin, Judith Butler y Janet Saltzman-, llevan directamente a considerar el problema de la *identidad* y la diferencia en el discurso del feminismo actual. La contraposición entre el feminismo de la igualdad y el más reciente feminismo de la diferencia sexual viene a ser expuesta por estas autoras acertadamente como precipitado del concepto de *género*, en lo que éste implica de debate sobre la identidad femenina.

Pero, más allá de estas esclarecedoras incursiones, que sin duda pueden servir para orientarse en el conocimiento de qué ha sido la historia del pensamiento feminista y qué es en la actualidad, nos interesa resaltar que las autoras vienen a establecer una definición del mismo, definición que recoge el profundo sentido social que recorre toda su exposición y que es coherente con el contexto de su obra: el feminismo es tanto una filosofía política específica que trata del problema de la diferencia entre los sexos, como un movimiento social y político de las mujeres para vindicar desde su libertad y autonomía su plena participación en todos aquellos espacios que elijan.

Desde esta doble vocación, los debates de los últimos veinte años en el pensamiento feminista se traducen, al finalizar este capítulo, en torno al problema del sujeto feminista. Se nos acerca en este capítulo a las corrientes del feminismo más reciente. Y es sin duda clarificador que, como hace este texto, se inscriban todas estas últimas concepciones feministas en el debate actual sobre el concepto de ciudadanía para acabar afirmando que no es otro terreno que el de los hechos, el que ha de definir las diversas formas de ciudadanía posibles para las democracias modernas. Porque, sin duda, la identidad, el sujeto político y la ciudadanía constituyen debates abiertos en el feminismo de hoy, como lo constituyen en la filosofía social actual. Pero sólo la transformación de todos los discursos prácticos y de las relaciones sociales donde la categoría “mujer” está construida de manera que implica subordinación, garantizarán una ciudadanía que, con diferentes formas, suponga una identidad política que reconozca la libertad y la igualdad. Creemos sinceramente que este capítulo es una contribución importante para la transformación, en este sentido, de los discursos de la filosofía social actual.

El libro de María José Guerra, *Teoría feminista contemporánea. Una aproximación ética*, se presenta como un compendio del quehacer intelectual del feminismo del siglo XX, es decir, como un trabajo de síntesis y de reconstrucción de la tradición intelectual feminista. En esta investigación se exa-

minan los desarrollos de la teoría feminista desde la ética y al mismo tiempo se aporta, y este es uno de sus méritos teóricos, una bibliografía minuciosa y amplia sobre los grandes debates del feminismo actual. La autora señala que la primera tarea del paradigma feminista de los últimos treinta años ha sido identificar analíticamente el sesgo androcéntrico de la tradición científica y filosófica occidental. Pero no sólo esto, pues el feminismo se ha planteado también la “necesidad de reconstruir una memoria crítica y de contar con un hilo de Ariadna genealógico que dé cuenta de las tormentosas relaciones entre las mujeres y la filosofía”. De ahí que Guerra reconstruya bibliográficamente la historia del pensamiento feminista desde sus orígenes ilustrados y vindicativos hasta los últimos debates.

María José Guerra asume la interpretación de Celia Amorós sobre el feminismo como una vindicación política y como un fenómeno reflexivo de la modernidad. En este recorrido, la autora subraya las figuras fundacionales del feminismo ilustrado, François Poullain de la Barre y Mary Wollstonecraft, y al mismo tiempo destaca los inacabables diálogos teóricos del pensamiento crítico feminista con todos los paradigmas intelectuales que han conceptualizado a las mujeres como diferentes o inferiores. Desde este punto de vista, hay que destacar la vocación del feminismo por la persuasión racional y por la discusión intelectual, como los medios para impugnar los discursos de la inferioridad de las mujeres, así como para hacerse con un punto de vista intelectual sobre la realidad social y política.

Sin embargo, la teoría feminista no sólo ha reinterpretado los textos científicos y filosóficos para depurarlos de sus sesgos patriarcales y misóginos y ha reconstruido su memoria histórica, sino que también, y sobre todo, presenta propuestas y nos muestra, tal y como señala Guerra, “visiones alternativas que rescaten el protagonismo silenciado de las mujeres”. Y es que el feminismo ha puesto en cuestión la idea de objetividad científica, pues la propia ausencia de las mujeres en la producción intelectual en calidad de sujetos ya pone de manifiesto que la tan señalada objetividad no puede ser otra cosa que una forma enmascarada de subjetividad. El feminismo, como todo pensamiento crítico, se construye en conexión con el movimiento social feminista y con sus prácticas políticas. El telón de fondo del feminismo, en su dimensión intelectual y social, es el entramado patriarcal sobre el que se asientan todas las sociedades, las del norte y las del sur. La autora asume que el dominio masculino es una realidad universal y por ello propone la globalización de la ética feminista.

En efecto, partiendo del supuesto de que “la teoría feminista no está desgajada de la práctica”, a la ética feminista no le queda más remedio que

poner su parte para eliminar las injusticias de género. De lo que se trata, dirá Guerra, es de construir una comunidad global de diálogo feminista con el objetivo de construir un universalismo interactivo, -siguiendo la terminología de Seyla Benhabib-, que desmonte las asimetrías y desactive las exclusiones. Para concluir, hay que decir que el libro de María José Guerra supone una aportación significativa de la teoría feminista en el campo de la ética en el que la autora explica con claridad que la ética no puede apartar de su ámbito las injusticias de género.

Estos tres excelentes trabajos nos dan la ocasión de reflexionar sobre la urgente necesidad de repensar la categoría de sujeto y de ciudadanía frente a la de consumidor en esta época marcada por la globalización económica. Frente al nuevo dios neoliberal que aspira a estandarizar las conciencias y despolitizar la sociedad civil no parecen quedar más que dos soluciones: trabajar en la dirección de crear subjetividades fuertes y resistentes y articularlas políticamente en el marco de movimientos sociales, tal y como propone el feminismo desde los albores de la modernidad.

Rosa COBO y Luisa POSADA KUBISSA